

El undécimo mandamiento

Fernando Torre, msp.

Hay personas hábiles para engañar: presentan un mal con apariencia de bien, una mentira disfrazada de verdad. Pero qué contradictorio es que seamos hábiles para *engañarnos a nosotros mismos*. No me refiero a esos engaños que nos hace nuestro inconsciente, sino a los que conscientemente nos hacemos, a las trampas que nosotros construimos para caer en ellas, a los comportamientos con los que frustramos nuestros anhelos o sabotamos nuestros propósitos.

¿Por qué si quiero estar sano no hago ejercicio, como en exceso, fumo, me desvelo o me emborracho? ¿Por qué si quiero terminar la carrera me resisto a estudiar? ¿Por qué si prometí fidelidad hasta la muerte ando a caza de aventuras? ¿Por qué si experimento sed de Dios huyo de él?

¿Por qué? Porque muchas veces ese comportamiento incoherente es más fácil y gratificante, aunque tenga consecuencias negativas.

Y entonces entra en acción nuestra enorme capacidad de engañarnos: racionalizamos, nos justificamos, inventamos pretextos; nos hacemos la ilusión de que no pasará nada, que nadie se enterará; nos decimos: «no es tan malo», «todos lo hacen», «es la última vez», «después lo remediaré»...

Todo autoengaño, toda traición a nuestros ideales, es una agresión contra nosotros mismos, una autodestrucción. De aquí se siguen sentimientos de culpa, enojo, desprecio a nosotros mismos, depresión.

Recordemos un mandamiento –además de los diez– que encontramos varias veces en la Biblia: «no te engañarás a ti mismo» (cf. 1Co 3,18; 6,9; St 1,16). Esto exige valor y humildad para decirnos la verdad, para desenmascarar los verdaderos motivos de nuestros actos, para reconocer nuestra incoherencia. Sólo cumpliendo este undécimo mandamiento podremos crecer como personas, vivir en armonía con los demás, ser santos y felices.